Luis Enrique Tord

El último *quipucamayoc*

> *Estos* quipucamayos *habían sido a manera de historiadores o contadores de la razón, y fueron muchos, y en todos ellos había conformidad en sus* quipos *y cuentas; no tenían otro ejercicio más de tener gran cuenta con sus* quipos *ansí del origen y principio de los ingas, como de cada uno en particular, desde el día que nascían cada uno, como de las demás cosas acontecidas en tiempo de cada señor déllos.*
>
> Relación de los *quipucamayos* al gobernador del Perú Cristóbal Vaca de Castro (1542)

El clérigo Fernando de Montesinos es el historiador más inquietante que haya escrito acerca del pasado de los incas. No hay estudioso que no sienta perplejidad, rechazo o descreimiento con respecto a sus aseveraciones, entre las cuales no es la menos notable su larga relación de noventa reyes del Tahuantinsuyo que

entronca con una de las diez tribus perdidas de Israel o más probablemente con Ophir, descendiente de Noé y sobrino de Péleg en cuyos "días fue dividida la tierra" (*Génesis:* 10).

Acerca de los incas, Montesinos compuso un tratado, *Ophir de España. Memorias antiguas y nuevas del Perú*, que en ediciones impresas circuló en dos partes: *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* y *Anales del Perú*. En aquel tratado dejó escrita la suma de sus vastas lecturas y viajes por el Virreinato entre 1628 y 1643, y aquello que espigara en lo que fue la clave de su insólita obra: manuscritos, hoy desaparecidos, acerca de las costumbres y ritos de los incas, pertenecientes a la muy valiosa biblioteca del obispo de Quito fray Luis López de Solís. El extravío de esos notables documentos veló durante cuatro siglos la identificación de esas fuentes intentada por una legión de investigadores.

Pero junto con la ansiedad, compartida con otros colegas, por hallar esas fuentes perdidas, excitó mi curiosidad la sospecha de prestigiosos historiadores según la cual Montesinos debió de ser descendiente de judíos conversos... e incluso que él mismo fuera criptojudío. Como indicio aducen el hecho de que a consecuencia de la ejecución, en la capital del Virreinato, de practicantes de la fe mosaica, nuestro autor habría escrito su obrilla *Auto de la Fe celebrado en Lima a 23 de enero de 1639* (Lima, 1639) con la secreta intención de informar a sus hermanos de las sinagogas europeas –y en particular de Amsterdam– la identidad de los ajusticiados por el Tribunal del Santo Oficio de Lima. Pero este planteamiento, con ser una explicación sugestiva, tenía para mí menor importancia que el hecho de insistir Montesinos, tenaz y obsesivamente, en el origen hebreo de los incas, y en probar que la conquista del Perú fue avizorada por profetas judíos de entre los cuales destaca a Isaías, Daniel, Esdras, Amós y David. No dejaré de mencionar que este tópico afloró años después en *El paraíso en el Nuevo Mundo* (1656),

de otro descendiente de conversos: el erudito polígrafo Antonio de León Pinelo, nieto de un judío quemado en la hoguera por la Inquisición de Lisboa en 1595[1].

Esta sospecha se convirtió en convicción con la detenida revisión que efectué de las obras de Montesinos, cuya interlínea deja adivinar la frecuentación de lecturas singulares como *Diálogos de amor* de León Hebreo en lo referente al tiempo cíclico y las fases cósmicas, y un inocultable gusto por la simetría numerológica en relación a los acontecimientos, dinastías y etapas históricas de que se compone su fascinante y compleja reconstrucción del pasado indígena.

Pero esta convicción recibió una imprevisible y sorprendente constatación, que a más de ser aporte único para el conocimiento directo de sus fuentes constituye la piedra miliar de sus originales especulaciones. Es el caso que, por azar, tropecé con el manuscrito más notable que menciona Montesinos como fuente de su obra. Este texto excepcional lo hallé en una pequeña biblioteca depositada en una destartalada estantería de la iglesia de Nuestra Señora de las Cabezas, situada en el tradicional barrio de Malambo en la ciudad de Lima. Tan insignificante luce esa librería que nadie se había dado el trabajo de revisar sus fondos, pues no hay estudio contemporáneo de historia que la mencione. Pero en mis indagaciones acerca de la vida de Montesinos tuve la precaución de visitar todos y

---

1. Por cierto, son varios los autores que opinaron a favor del origen hebreo de los indios americanos, de los cuales citaré a dos que son notables: el dominico Francisco de la Cruz quien proclamó una herejía separatista, por la cual fue ejecutado en 1578, al aseverar que los aborígenes eran el "pueblo elegido" descendiente de los israelitas, procediendo a profetizar que una nueva Iglesia criolla de Lima reemplazaría a la decadente de Roma. Otro hermano suyo de congregación, Gregorio García, desplegó una vasta argumentacón acerca de aquella raíz hebrea en su *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias occidentales* (1607).

cada uno de los lugares donde él estuvo, lo cual me llevó a Quito, Trujillo, Arica, Potosí, Cajamarca, Tarma, Lima –donde fue capellán en 1640, en la iglesia mencionada– y finalmente a Osuna, donde nació, y a la Parroquia de la Campaña, cerca de Sevilla, donde a su retorno a Andalucía en 1643 terminó sus días este misterioso clérigo. Lo curioso es que yo dejara para el final la iglesia de las Cabezas la que, por tratarse de una parroquia que ha sufrido transformaciones y que, después de haber sido muy concurrida en la primera mitad del siglo XVII y en el XVIII, se halla venida a menos desde hace décadas.

El manuscrito en cuestión se compone de un volumen en folio menor que suma ciento setenta páginas escritas con una apretada letra de difícil lectura. Su estado de preservación es bueno, a pesar de que la humedad ha afectado algunas páginas, aunque ello no altera para nada su contenido. El anuncio que introduce desde las primeras líneas su anónimo autor no puede ser más presuntuoso: asevera que compendiará la "verdadera historia del linaje de los incas, su remoto origen, sus hechos más notables, su número exacto de reyes y su ordenada sucesión en el transcurso de los siglos...". Pero lo que se añade es más sorprendente aun, si cabe: dice el autor que a él le fue revelada la clave para la interpretación de los *quipus*, lo cual le permitió traducir el conjunto de ellos, que se guardaba en tiempos del Tahuantinsuyo en un recinto especial denominado *Quipuhuasi*. Asevera que cuando la ocupación del Cuzco por los españoles, en 1533, ese rico depósito de la historia incaica fue ocultado. Concluye sus palabras preliminares revelando algo excepcional: incluirá una explicación acerca del sistema de codificación de los *quipus*, advirtiendo que ello servirá de poco, pues "los que narraban el pasado del imperio han sido escondidos en un lugar inaccesible".

Por ahora no quiero entrar en mayores detalles con respecto a la extensa relación de noventa incas que describe Montesinos

en su tratado o a sus esfuerzos por demostrar el presunto cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento, ni deseo profundizar en su convicción de la existencia de eras o "soles" en los ciclos del desenvolvimiento de la historia antigua de los Andes; nada de esto. Trataré, más bien, de su sistema de interpretación de los *quipus*, que a mi modo de ver delata otra de las caras de su naturaleza judaizante: su evidente conocimiento de la cábala.

En efecto, su explicación se basa en lo siguiente: que el alfabeto de la lengua secreta o especial dominado por los *quipucamayos* mayores se formaba con veintidós consonantes y semiconsonantes[2]. Cada consonante se correspondía con un número y cada número con una forma particular de enlazar el nudo. Por otro lado, aquella lengua se componía de palabras que habitualmente poseían tres consonantes que correspondían a tres dígitos, y quienes conocían esa lengua secreta sabían que las consonantes eran la base de ellas y que su correspondencia con el número permitía a través de una matemática sagrada conocer el profundo sentido del significado de cada término[3]. Fue así que las aproximadamente seis mil palabras

---

2. Garcilaso Inca de la Vega afirma en su *Historia de la Florida* (1605) que "... los incas tenían otro [lenguaje] particular que hablaban entre sí unos con otros", lo cual reitera en sus *Comentarios Reales de los Incas* (1609): "... es de saber que los incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla como lenguaje divino". Concluye el historiador cuzqueño aseverando: "... porque como pereció la república particular de los incas, pereció también el lenguaje de ellos". El sacerdote jesuita Bernabé Cobo subraya asimismo en su *Historia del Nuevo Mundo* (1653) "que sabían ellos [los incas] otra [lengua] distinta, de que usaban solamente entre sí...".
3. Como en la cábala, el traductor, en este caso el *quipucamayoc* mayor, conocía, por el aprendizaje y la práctica, las tres vocales que se combinaban en cada palabra.

de la lengua cortesana se manejaron fácilmente con veintidós tipos de nudos. Con este sistema se relataron, de forma sucinta y esencial, los más decisivos acontecimientos de la historia ocurridos en cada dinastía, lo cual era identificable por los colores de los hilos del "canuto" de la parte superior de las cuerdas. Asimismo, los *quipus* memoriales fueron realizados con lana de vicuña, y fueron por cierto los más abundantes, pues iban multiplicándose con los sucesos que anualmente ocurrían en el inmenso Tahuantinsuyo.

Por último, existieron en número reducido dos tipos más: los *quipus* anudados con cuerdas de oro y de plata. Los de oro contenían las plegarias sagradas dirigidas a los dioses para atraer su protección en favor del Inca y del reino; y los de plata se referían a las oraciones fúnebres. Los primeros se conservaron, hasta antes de la Conquista española, en el Cuzco, en el *Quipuhuasi*; y los de metales preciosos fueron alojados en el Templo del Sol o *Coricancha*, donde se pronunciaban diariamente las oraciones invocatorias. Pero todos, los memoriales y los religiosos, se consideraban sagrados, pues sus misteriosos nudos preservaban el espíritu, el corazón mismo de las creencias y hazañas del imperio.

Aclara Montesinos que había una radical diferencia con el sistema sencillo de los *quipucamayos* menores, que fueron los que se aplicaron a trabajar en los *quipus* de contabilidad. En éstos usaban nudos cuyo número –siempre decimal– designaba volúmenes de productos agrarios, animales u objetos, en tanto que la ubicación de la cuerda indicaba el género del bien contabilizado. Pero sus conocimientos se circunscribían a una repetida habilidad en el tipo de nudo y a su correcta ubicación, cosa bien diferente del extenso dominio conceptual y de los conocimientos integrales que poseían los maestros seleccionados y entrenados desde muy jóvenes en el oficio de *quipucamayo* memorialista, que fue selectivo y hermético.

Es por ello, destaca Montesinos, que nunca llegó a los cronistas de las primeras décadas de la colonización la auténtica historia del Tahuantinsuyo, pues se informaron exclusivamente con quienes conservaban tradiciones locales y populares, careciendo éstos de la esmerada formación de los altos guardianes de la sabiduría y la memoria de la monarquía incaica.

Que el manuscrito en cuestión explique de esta manera la clave de los *quipus* encaja perfectamente en la pretensión de la descendencia israelita de los incas, pues, como es natural, junto con el heredar antiguos conocimientos conservaron la idea de la correspondencia de número y letra, sustento de la cábala, que es lo mismo que decir tradición esotérica hebrea. Claro que el uso de este sistema mnemotécnico abre caminos hacia vastas y profundas dimensiones de un saber que no se menciona en este manuscrito, saber que vincula a Montesinos con actividades inconfesables en su época, pese a que eran practicadas por insignes humanistas.

En este sentido, su estrecha vinculación con la cábala me resulta tan inquietante como sus estudios acerca de los metales. ¿Acaso lo imaginas ya, lector? Este presbítero se abocó también a ser minero, actividad que lo llevó hasta la Villa Imperial de Potosí. Como testimonio de ello dejó un tratado que tituló *Beneficio común o Directorio de beneficiadores de metales y Artes de ellos...* (Lima, 1638)[4].

Pero para que se vea hasta dónde llegaba su extraordinaria versatilidad e insaciable curiosidad, destacaremos que junto con estas búsquedas aparentemente pragmáticas emprendió

---

4. Una parte de este *Directorio*, que contiene noticias de todas las minas del Perú, continúa inédito. Otro curioso opúsculo suyo es el titulado *Memorial sobre la conservación del azogue que se pierde sobreaguado entre lamas y relaves* (s/f).

otras más imaginativas: organizó de su peculio una expedición desde Tarma hacia la montaña... ¡en busca del Paititi![5] Como se puede observar, todas ellas son evidencias más que suficientes para señalar a nuestro presbítero como uno de los más extraordinarios indagadores del pasado indígena y de la naturaleza americana, a la luz de ciertas artes tradicionales, en ese excepcional período del Virreinato del Perú que fuera la primera mitad del siglo XVII.

Pero volvamos a los *quipus*, motivo primordial de estas líneas. En este manuscrito, a pesar de sus compendiosas informaciones históricas, se revelan dos aspectos decisivos del pasado: el verdadero sentido de la extensa relación de noventa incas y la concepción cíclica del tiempo que transcurre en "soles" o *capachuatan*.

Con respecto al primer tema, el del número y sucesión de los incas, la explicación no puede ser más clara: ellos se constituyeron en una larga cadena de transmisión de conocimientos íntimamente vinculados a la cábala en su expresión andina que es el *quipu*. Esos noventa incas transmitieron de generación en generación un saber profundo e integral guardado desde la espléndida aurora de Chavín, mil años atrás del inicio de la era cristiana. Es por ello que Montesinos asevera –como lo hace también fray Antonio de la Calancha en su *Corónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú* (1634)– que los *quipus* se conocían desde tiempos inmemoriales, es decir, muchísimos siglos antes que los incas, tal como lo ha demostrado la arqueología.

Por cierto, esta revelación provocó en mí una honda impresión. Al desconcierto inicial siguió la paciente relectura y medita-

---

5. Aún permanece inédita su *Historia del Paititi* (s/f).

ción sobre una afirmación de tal magnitud. Recuerdo que, en el afán de darle algún crédito, me dije que similar sensación debieron sentir los primeros egiptólogos al traducir los jeroglíficos de murales y papiros, y sorprenderse ante las extensas relaciones de faraones de numerosas dinastías que cubrían más de tres mil años de antigüedad. Y sonreí mentalmente al sospechar que los historiadores nos habíamos dejado obnubilar por la enceguecedora presencia del Tahuantinsuyo con su clásica relación de catorce incas, lo que nos impedía ver en el horizonte profundo la continuidad cultural andina anterior a los cuzqueños, cuyos vestigios mayores son Chavín, Nazca, Tiahuanaco y Huari. ¿Y qué había sustentado esta continuidad? Evidentemente esa cadena de conocimientos simbolizados en los incas de Montesinos.

No es tampoco de menor importancia subrayar que algunos de esos incas no ejercieron el poder desde el trono. Ciertamente ese título o dignidad obedecía de manera específica al de conductor arquetípico o ideal. Y en este sentido es prescindible que tal o cual inca ocupara una posición de gobierno. Por tanto, se ha llegado a sospechar que hubo más de catorce incas, y que incluso pudieron reinar incas simultáneos. No han estado esos planteamientos del todo descaminados, aunque no se percibiera la existencia de aquella máxima categoría y significación del Inca, en tanto conductor religioso-espiritual en quien reposaban la salud y energía interna de aquellos pueblos. Pero tampoco faltaron largos lapsos de crisis, como aquélla que narra Montesinos en sus *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú*, en el capítulo "Caída del primer imperio y pérdida de la escritura": "Con esto se perdió el gobierno de la monarquía peruana, y en más de cuatrocientos años no volvió en sí, y se perdieron las letras. En cada provincia su rey... Con las revueltas no había quien viviese en el Cuzco, por ser todo confusión, y como poco a poco se viniesen los hombres a vivir

a Tamputocco, a la sombra del rey, quedó el Cuzco casi desierto; sólo quedaron en él los ministros del templo".

Este manuscrito explica en sus páginas introductorias que este sistema mnemotécnico incaico, a una década de la llegada de los españoles, era conservado por un pequeño círculo de *quipucamayos* cuzqueños sobrevivientes de la matanza desencadenada por los guerreros atahualpistas contra los leales a Huáscar como consecuencia de la guerra que los enfrentaba. Estos sobrevivientes, en 1542, habían transmitido en lengua quechua al gobernador Cristóbal Vaca de Castro una genérica historia de los incas, actuando como intérpretes el cronista Juan Díez de Betanzos y el conquistador Francisco de Villacastín. De aquellos *quipucamayos* sólo uno, Sebastián Callapinai, había llegado a la vejez, siendo así que en 1584, cuando frisaba los ochentiún años de edad, se había resuelto revelarle al anónimo transcriptor del manuscrito hallado por Montesinos el sistema de interpretación de los nudos y un apretado compendio de la historia que ellos preservaban, "y que se conocerá verdaderamente sólo cuando se ubique el lugar donde se hallan los *quipus* imperiales ocultados a los ojos de los atahualpistas, primero, y de los españoles después...". Con lo dicho podemos ya situar la fecha de redacción de este documento a poco de la conclusión del gobierno del virrey Francisco de Toledo y suponer, muy razonablemente, que fue escrito en el Cuzco.

La noticia que trae este documento acerca de Callapinai es escueta pero significativa. Se asevera en él que es oriundo de Pacaritambo, es decir, de la *pacarina* o lugar de origen del linaje real de los incas. Pacaritambo –"lugar del amanecer", en quechua– se había preservado como una de las huacas más antiguas y sagradas del Cuzco, pues allí se erigía *Tamputocco*, el cerro donde se hallaba la "Casa de las Tres Ventanas" (*Maras Toco*, *Sutic Toco* y *Cápac Toco* o ventana rica guarnecida de oro). En cada *Cápac Raimi* o fiesta con que se iniciaba el año

incaico se efectuaba una solemne visita procesional a esa huaca en recuerdo de los cuatro hermanos Ayar, de los cuales Ayar Manco fue el fundador de la ciudad del Cuzco. De esta forma fueron los *quipucamayos* nacidos en Pacaritambo los responsables de llevar cumplida memoria en los *quipus* de la vida y hechos de cada uno de los reyes del Tahuantinsuyo, y de preservar la colección de ese vasto conjunto de cuerdas multicolores que sólo ellos sabían descifrar. Pero es el caso que Callapinai, por ser el principal de los de su notable oficio, era designado con un nombre particular: *Quipucamayoc auqui runa*, que significaba "príncipe memorialista anudador". Era, pues, el supremo especialista y guardián del pasado de su linaje. Y no cabe duda de que en él reposaba el secreto fundamental de la lectura de las cuerdas y del lugar donde habían sido ocultadas[6].

Quien transcribió en el manuscrito los conocimientos postreros de una casta tan insigne ¿llegó a saber el lugar donde se habían escondido aquellos *quipus*?, ¿fue consciente de la evidente vinculación de su sistema de traducción con la cábala?, ¿fue quizás, como Montesinos, un hebraizante, un criptojudío inclusive? Lo que sí es evidente es que aquel anónimo transcriptor tuvo por misión preservar para la posteridad esa clave decisiva, y que su venerable informante, Sebastián Callapinai, fue consciente de lo mismo. Sólo faltaría resolver una última interrogante: ¿Callapinai adoptó esa decisión trascendente por su propia cuenta o fue autorizado por quienes tenían autoridad para ello? Conociendo la estricta jerarquía de la sociedad

---

6. Recordemos que el tercer Concilio Limense, celebrado en 1582 y 1583, ordenó a los obispos quitar a los indígenas todos los *quipus*, porque "en lugar de libros los indios han usado y usan unos registros hechos de diferentes hilos, que ellos llaman *quipus*, y con éstos conservan la memoria de su antigua superstición, ritos, ceremonias y costumbres perversas".

incaica, se hace difícil suponer que Callapinai actuaba por cuenta propia, y menos aun en una época tardía, como 1582, cuando ya se habían disipado los asedios y amenazas que pudo sufrir varias décadas atrás. Está claro que su revelación, meses después de que el virrey Toledo dejara el Perú luego de gobernarlo autoritariamente durante doce años, la hizo gozando de plena libertad y sin coacción de por medio. De esta forma –él o su linaje– consideró oportuno dar a conocer esa clave en el año en que la requisa aprobada por el Concilio Limense amenazaba aniquilar la memoria de ese venerable sistema que guardaba la historia verdadera y las oraciones y conocimientos sagrados del imperio. Gracias a la audaz decisión, esa clave recogida en un único manuscrito fue conocida sesenta años más tarde por el licenciado Montesinos, desapareciendo luego por tres siglos y medio, hasta que la buena fortuna puso el manuscrito en mis manos. En conclusión: de él pude constatar su calidad de fuente excepcionalmente valiosa para la original historia de Montesinos, aunque la clave que revelaría la interpretación de las cuerdas anudadas habría de continuar sin explicación en tanto no se hallasen los *quipus* ocultados quinientos años atrás.

Hasta aquí, en resumidas cuentas, avancé mis consideraciones acerca de ese hallazgo que cuidé de no difundir en el mundo académico, pues no tenía ánimo para enfrentar las consabidas polémicas que siempre se suscitan alrededor de aportes excesivamente trastornadores. Además –y no sé por qué– prefería dar tiempo al tiempo y que semejante noticia coincidiera con alguna circunstancia oportuna para revelarla. Pero lo que no preví de modo alguno fue el inesperado suceso que me llevaría precisamente a lo contrario: a resolver no dar a conocer nunca mi hallazgo.

Me ocurrió que en uno de mis viajes al Cuzco conocí a uno de los tantos traficantes clandestinos de antigüedades que

pululan en todas las clases sociales. Alguien le había hablado acerca de mi interés en objetos incaicos que tuviesen pinturas o inscripciones, y también de mis continuas indagaciones acerca de los *quipus.* Como es bien sabido, los ya encontrados están en colecciones del Perú y del extranjero, y todos ellos son de los géneros *quipu*-numerario o de contabilidad y calendárico-funerario, hallados en tumbas.

Desde el hallazgo del manuscrito que usó Montesinos, yo soñaba –como se comprenderá– con tener en las manos los aún no hallados, es decir, aquellos célebres *quipus* memoriales, como el que vio consultar el cronista Pedro de Cieza de León al *curaca* Guacarapora en Jauja, o como el que le vio el padre José de Acosta a una india, en donde traía anudada la confesión general de su vida, o como aquéllos a los que se refieren Cristóbal de Molina "el Cuzqueño" o fray Martín de Murúa, quien nos dice en su notable *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú* (c. 1616):

> también suelen traer otros cordeles de cuentas y quipus de cosas pasadas de sus incas y de sus leyes y gobierno y hazañas que cada uno hacía, así en las conquistas como en las guerras, y en todas las demás cosas de sus antepasados, los reyes e incas de este reino y de sus descendencias y de las naciones porque hay gran suma de ellos con diferente lengua, conforme se usa y es costumbre en cada tierra, parcialidad o provincia... todo lo tenían puesto con mucho orden y concierto en sus quipus y cuerdas, por donde ellos entendían con la facilidad que nosotros en nuestra lengua con nuestro papel y tinta...

El hecho es que aquella noche fue a visitarme al hotel un anticuario experimentado que con frecuencia recorre las provincias del interior en busca de su variopinta mercadería. Luego de tentarme con los objetos de costumbre –*keros*, *conopas*,

deteriorados lienzos coloniales y monedas acuñadas en Potosí– desparramó sobre la mesa, con cierto desgano postrero, un conjunto de cuerdas multicolores que, pese al desorden en que cayeron, mostraban en sus verticales la ansiada composición con canutos policromados y series de nudos, característica evidente, de acuerdo con mi manuscrito, del *quipu* memorial que fija el lenguaje secreto de los incas, *quipu* muy diferente a los conocidos hasta hoy, que son los de contabilidad y los funerarios.

Luego de desplegarlo con mayor orden y de acariciar cada una de sus cuerdas, aparentando una indiferencia que a duras penas disimulaba mi ansiedad, interrogué al anticuario.

– Y dígame, Pedro, ¿de dónde es este *quipu*?

– Lo conseguí de un indio de Roccacalla, señor. No fue nada fácil comprarlo.

– ¿Por qué? ¿Qué podía interesarle a él?

– ¡No lo sé! ¡Usted sabe cómo son esos indios! En lo que pude entender de su borrachera, sé que lo encontró en el campo, mientras hacía pastar al ganado.

– ¿En el campo...?

– Sí, cerca de un cerro o una cueva...

– ¿Una cueva...?

– Puede ser, señor.

– ¿Y el nombre del indio?

– ¡Cuál será! ¡Si todos son iguales! ¡Y en ese pueblucho no conozco a nadie...!

No fue mucho más lo que pude averiguar. Y si algo efectivo conseguí con mis insistentes preguntas fue empujar al astuto mercader a elevar hasta una suma considerable el precio del *quipu* al constatar mi irreprimible interés. Pero, es justo añadirlo, pocas veces he pagado con mayor celeridad e íntimo regocijo tanto dinero por un montón de cuerdas anudadas. Y no tengo que explicar que apenas quedé solo en la habitación me arrojé sobre ese

objeto mágico –¡mágico para mí!– llegado providencialmente a mis manos desde un remoto poblado de la jurisdicción de Pacaritambo, es decir..., ¡de la tierra misma de los *quipucamayos* mayores! ¡de los archivos de las memorias de los incas!...

Tardé por cierto varios días y noches en reconstruir lo que encerraban esos nudos, y, en mi soledad, pasé a sumarme a la legión de los intérpretes, de los descubridores que han abierto de par en par las puertas del pasado del hombre. Sentí en esas horas extrañas, apasionadas, las sombras venerables de Champollion, Young, Weissbach, Grotefend, Ventris, Blegen, penetrando, a través de sus admirables traducciones, en el alma, en el pensamiento recóndito de los ancestros. Pero, junto con el ingreso a un territorio vedado durante siglos, sentí que estaba cometiendo una violación. ¿Qué otra sensación podía tener ante un lenguaje, ante un conocimiento que por considerarse velado, intocable, sagrado, fue ocultado? ¿Quién era yo para abrir esos sellos impunemente? Y ¿podía justificarme acaso alegando que lo hacía en nombre de la ciencia, en nombre del progreso del conocimiento científico? Hacía mucho tiempo que la vana acumulación de datos me tenía sin cuidado, que los juegos confusos de los coloquios académicos permanecían bastante alejados de las auténticas inclinaciones de mi espíritu. No era, pues, la ciencia, ni el progreso, ni la fama lo que me impulsaba... Y fue en este estado de ánimo que efectué esta interpretación. Es por ello que la traducción de las primeras palabras que hombre alguno había desentrañado en un *quipu* me estremecieron tanto o más que la amenazante advertencia que contenía.

El texto que logré interpretar, luego de un detenido y arduo esfuerzo aplicando el sistema descrito, es una oración, a la que sigue una invocación funeraria en favor de un Urqui Huarca Ansina. La oración que transcribo fue tradicional en el Tahuantinsuyo, y la recoge también Cristóbal de Molina "el Cuzqueño" en su *Relación de las fábulas y ritos de los Incas* (c. 1575):

A Teqse Wiracochan
Qaylla Wiracocha
Tukapu aknupu Wiracochan
Kamac, churaq
Qhari kachun, warmi kachun nispa
Llut' aq, ruraq
Kamasqayki, churasqayki
Qasilla quespilla kawasamusaq
Maypin kanki
Hawapichu
Urkupichu
Phuyupichu
Hantkupichu
Uyariway
Hay niway
Iniway
Imay pachakama, hayk'ay pachakama
Kawachiway
Marq'ariway
Kay quesqaytari chaskiway
Maypis kaspapis Wiraquchaya[7]

A esta oración en el *quipu*, le sigue la invocación funeraria cuya versión castellana traduje así:

---

7. Mi traducción en quechua es bastante aproximada a la que trae Molina. Asimismo me parece correcta su traducción al español, que dice: "Oh Wiracocha, origen de todas las cosas / Wiracocha, fin de todas las cosas / Wiracocha, rica y galanamente vestido/ Que infundes vida, que ordenas las cosas/ Diciendo: "¡Que haya hombre... Que haya mujer!"/ Modelador, hacedor/ A lo que has dado vida, a lo que has ordenado/ Que vivan dichosa y bienaventuradamente./ ¿Dónde estás?/ ¿Afuera?/ ¿Adentro?/ ¿En las nubes?/ ¿En la sombra?/ ¡Escúchame!/ ¡Respóndeme!/ ¡Créeme!/ Por los siglos sin fin/ Házme vivir./ Acógeme en tus brazos./ Ténme de la mano./ Recíbeme esta ofrenda/ Dondequiera que estés Wiracocha mío".

Oh Wiracocha ¡Hacedor! ¡Enviador de nuestros padres los Incas! Protege con tu poder sus cuerpos. Haz que estén contigo, lejos de los enemigos y despojadores. Defiende esta tierra, este adorado *Apu*, el gran aliento del *Roal* que recibe los sacrificios de tus hijos, la *pacarina* de quienes gobiernan a tu pueblo.

Recibe madre esta semilla. Protege a Urqui Huarca Ansina, hijo de Huarmay, de la *panaca* del gran Túpac Yupanqui. Que repose con su simiente. Que duerma resguardado por Punchao, Illapa, Chuquiylla, Quilla, Imaimana Ñaorai Wiracocha... Que nada, que nadie lo turbe. Que bajo el cuarto *capachuatan*, bajo su poder luminoso, sus hijos prosperen, sean amados, sean preservados de sus enemigos, de los poderes terribles de las cóleras de Pachacámac, de la devastación de los ríos-*amarus*, las torrenteras que asuelan las obras del hombre, del granizo que oculta los caminos y de la más horrible maldición: la profanación de sus cuerpos adorados.

Queden aquí los signos de tu protección, la amenaza contra los ladrones nocturnos, la temible advertencia: que nadie avance más allá en esta tierra sagrada cuyo guardián, Urqui Huarca Ansina, defiende con esta su maza, su coraje, su fidelidad, sus ojos astutos, su corazón heredado del gran *auqui* Cuntur Poma, padre de su alto linaje. ¡Illapa! ¡Chuquiylla! ¡Oncoy! acudan a defender el silencio, la sacralidad de esta tierra privilegiada por Wiracocha, hacedor de sus reyes y fundador del Cuzco. ¡Maldición sobre lo que amenace la raíz, el nacimiento, el origen que aquí duerme inviolado e inviolable hasta el esperado amanecer del próximo gran Sol! ¡Sustenta en alto, oh Wiracocha, esta advertencia, y descarga con justo furor tu venganza al profanador! Queden estas ofrendas, estos signos como alianza con Tu Nombre, y cerca con tu muralla santa la paz de estas alturas donde reposan tus servidores ¡Oh Sol de los soles! ¡Poderoso padre Illa Tecce Wiracocha *manqui*!

El desciframiento, pulimento y numerosas relecturas de esta invocación provocaron en mí un creciente estremecimiento. Como se comprenderá, esta sensación es más intensa cuando se recita en lengua quechua, en la cual las consonantes y las escasas vocales traman, palabra tras palabra, un tejido de sonidos solemne, grave, como el avance de una lenta procesión majestuosa. El ritmo, la cadencia de aquellas oraciones me recordaron las de otros pueblos remotos donde la muerte fue rodeada de rituales y fórmulas invocatorias que aseguraban el tránsito de las almas a otro estado. ¿Quién no ha tenido una similar impresión al leer los sobrecogedores textos del *Libro de los muertos* del antiguo Egipto? Pero, en este caso, la frecuentación de la historia de la civilización incaica y sus restos silenciosos creó en mí una comprensión mucho más profunda que la curiosidad científica. La revelación de los secretos primordiales de aquella raza excepcional me inspiró un respeto que está más allá del temor a las amenazas de unas viejas oraciones invocatorias y, por supuesto, de conocer la forma única de hallar el lugar donde se preservan los *quipus* memoriales ocultos desde hace medio milenio al lado de los momificados cuerpos de los más ilustres personajes de un mundo que palpita en aquel sagrado lenguaje de nudos y colores.

Mi silencio se transformó en un sello cuando dejé el Cuzco, y luego de una jornada de camino hacia el sur, llegué a la aldea de Roccacalla, próxima al pueblo de Pacaritambo, es decir, al corazón geográfico del mito de origen de los incas, según aquella versión que afirma surgieron de Tamputocco ("posada de la ventana"), prominencia situada al lado de Roccacalla, dentro de la circunscripción de Pacaritambo, comarca misteriosa que en lengua quechua significa "posada del amanecer".

Allí, rodeado de ese paisaje imponente de altas montañas, sentí la firme presencia de una tradición mediante la cual lo humano está finamente entrelazado con el cosmos. Allí, el esplendor

del día, iluminado por un refulgente sol de dorados minerales incandescentes, efectúa su majestuoso periplo entre el crepúsculo de la aurora y el del anochecer, fijando el alma en un ritmo único, extático, ajustado a la inmensa maquinaria celeste. Maquinaria inconmensurable, sustentada en una matemática mística pensada, desde el principio del tiempo, de una sola vez y para siempre.

Durante aquellos días espléndidos y soledosos de Pacaritambo, gocé la revelación de un inefable venero de conocimientos que, al contemplarlos ya sin velos, me permitieron comprender porqué habían permanecido ocultos. Conocimiento radiante cuya veta áurea es el saber armónico en el sentido clásico y auténtico de la poesía: ser arte profético.

Ahí, en esas altas inmensidades luminosas, el ánimo se agita en una vasta identificación con la tierra y percibe en un instante que la multiplicidad es aparente. Así, el rayo de luz, el declive de los desfiladeros, los hilos cristalinos de los arroyuelos, los claroscuros en las hondonadas y el fugaz vuelo del águila están a un mismo tiempo en la realidad, la imaginación y la memoria sin que medie diferencia alguna entre lo contemplado y el contemplativo. Es ahí donde se evidencia la clave de la quietud interior, la diafanidad de lo inmaculado, la veracidad amable, radical, enigmática del mundo.

Aquella singular peregrinación por el paisaje de Pacaritambo se tornó en una de las experiencias fundamentales de mi vida, acaso la más trascendente. Entre otras razones, me percaté de que no había ido a descubrir restos del pasado con pasión de antropólogo, no. Ahí me hallé con una excepcional serenidad interior que había fijado dentro de mí la convergencia de las majestuosas montañas sagradas, el dorado resplandor del sol y la revelación de que esas alturas custodian una herencia única que no debe ser profanada. Y la íntima convicción de que la búsqueda de los *quipus* había sido para mí en verdad el umbral hacia otros conocimientos luminosos.

Fue entonces que asumí un indeclinable compromiso: que habiendo accedido a la regia necrópolis subterránea de los grandes ancestros andinos, y admirado el majestuoso y ordenado *Quipuhuasi* imperial oculto ahí desde hace medio milenio, juré no revelar nunca su ubicación.

Ahora que en mi vejez reviso lo que preservo de aquella inolvidable aventura que realicé hace medio siglo –el *quipu* memorial, la copia del libro perdido que usó Montesinos y las amarillentas fotografías de aquel solitario viaje a Pacaritambo–, rememoro con melancolía los días del hallazgo de esos intensos lenguajes arcanos. Lenguajes que protegen el viaje sacro de los antepasados hacia mundos cuyas claves poseen aquellos frágiles y multicolores nudos que descifré deslumbrado, y que nadie conocerá jamás. Así me lo he prometido.

GLOSARIO

APU	Gran señor. Montaña sagrada.
APU CUNTUR POMA	Gran señor cóndor-puma.
AYLLU	Comunidad andina de parentesco, vinculada a una posesión territorial.
CAPACHUATAN	Ciclo cósmico incaico de mil años de duración. Gran *pachacuti.*
CONOPA	Ídolo en forma de animal o vegetal, labrado en piedra o metal.
CURACA	Jefe. Superior. Gobernador indígena.
CHUQUIYLLA O CHUQUI ILLAPA	El relámpago. El rayo.
HUACA	Sagrado. Ídolo que adopta, por lo general, forma de figura humana, cerro o auquénido.
ILLA TECCE WIRACOCHA	Divinidad principal incaica. Divinidad de luz fundamental.
ILLAPA	Divinidad andina: el relámpago.
IMAIMANA ÑAORAI WIRACOCHA	La divinidad principal Wiracocha.
KERO	Vaso ceremonial incaico de madera.
ONCOY	La constelación de las Pléyades.

PACARINA	Lugar de origen del *ayllu* en cerros, ríos, fuentes y lagunas.
PUNCHAO	Día. Primera luz del amanecer. Ídolo o huaca particular de los reyes incas.
QUILLA	Divinidad incaica: la luna.
QUIPU	Sistema de cuerdas con nudos para llevar memoria de cuentas, plegarias y hechos notables.
QUIPUCAMAYOC	Oficial del *quipu*. El que sabe interpretar el *quipu*.
QUIPUCAMAYOC AUQUI RUNA	Príncipe que sabe anudar los *quipus* de historias.
QUIPUHUASI	Recinto donde se custodian los *quipus*.
ROAL	El más poderoso *apu*-montaña de una región.
TAMPUTOCCO	Cerro situado en Pacaritambo, Cuzco, donde se hallaba, de acuerdo con la mitología, el lugar de origen del linaje real de los incas.
WIRACOCHA	Divinidad principal incaica.